

# Cosas que **nunca** habían ocurrido

Frente al “que los padres participen siempre y cuando tengan algo que hacer”, esta escuela -integrante del Proyecto de Escuelas de Sectores Populares de SUTEBA- se propuso pensar el vínculo con las familias desde otro lugar. Visitarlas en sus hogares fue una de las iniciativas para construir relaciones más horizontales.

Reportaje a **Sebastián Urquiza**

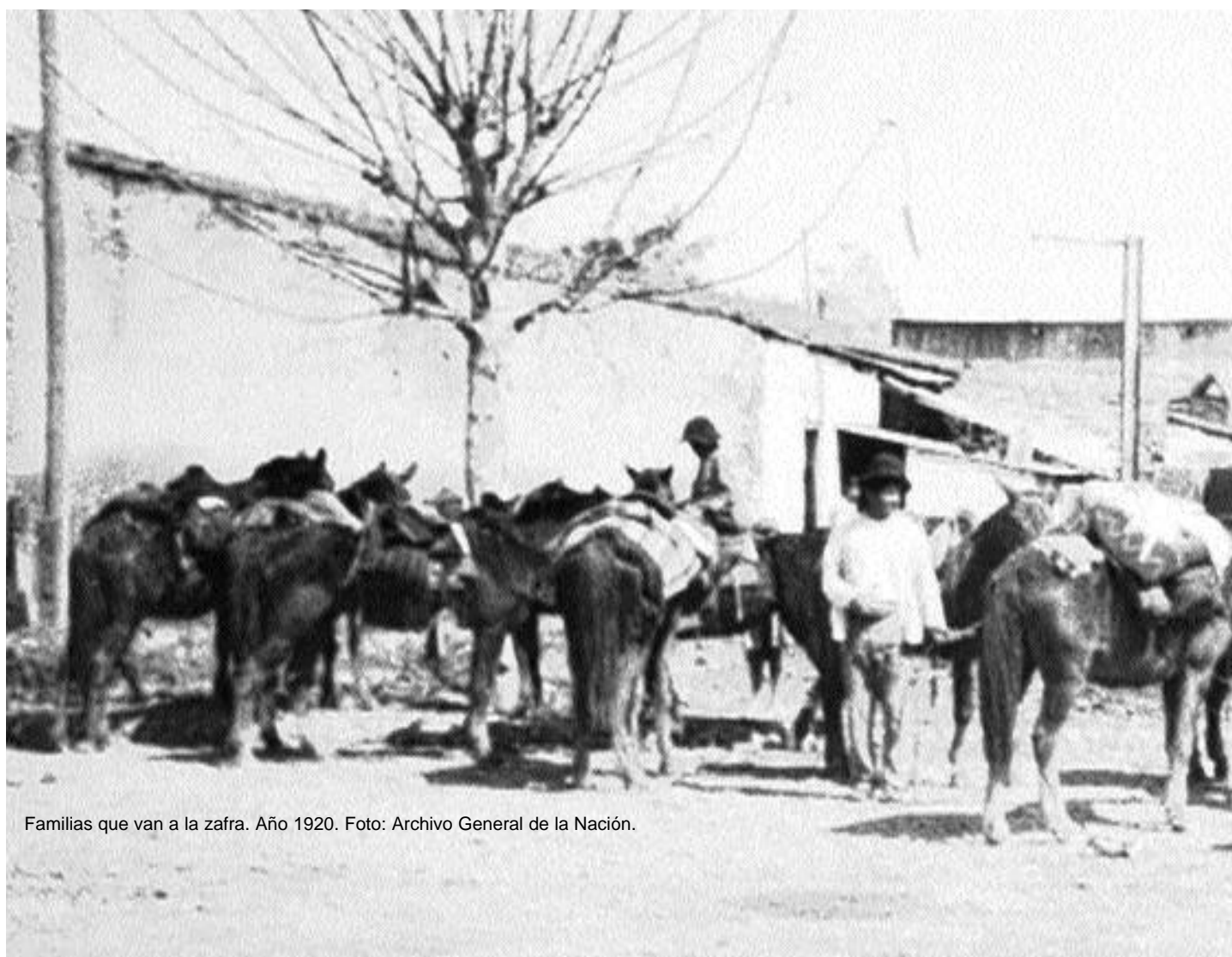
Director Escuela Especial 516

La Matanza

■ **La Educación en nuestras manos:**  
*¿Cuál es el contexto en el que ustedes desarrollan la experiencia?*

**Sebastián Urquiza:** Nuestra escuela se creó a mediados del 2003 en Villa Scasso, que es una zona desfavorecida de La Matanza. Esta zona tenía una demanda fuerte de educación especial dado que para poder asistir a la escuela especial a la que eran derivados, los chicos tenían que recorrer casi once kilómetros. La escuela llegó a un lugar que la estaba

esperando. Los docentes que empezamos, pocos porque la escuela es chica, nos fuimos dando cuenta de que estábamos viviendo una situación irreplicable en nuestro recorrido profesional: fundar una escuela. Esto fue y sigue siendo muy movilizante, porque además hubo que pelear -y hay que seguir peleando- por todo lo que se considera “obvio” y que debe ser parte de una escuela de creación: desde los bancos hasta los auxiliares. Todos tenemos la sensación de estar dándole



Familias que van a la zafra. Año 1920. Foto: Archivo General de la Nación.

identidad a algo que no la tiene, de que podemos empezar a construir la historia de la escuela.

■ *¿Cómo se plantearon los primeros pasos de esa historia?*

**S. U.:** Comenzamos a preguntarnos cómo queríamos que fuese la escuela en la que siempre hubiéramos querido trabajar. Esto nos hizo revisar los principios, las prácticas, los rituales habituales. Nos llevó a tomar posición en relación con cuestiones que van desde si formamos o no formamos, si hacemos o no los actos escolares de una determinada forma, si entregamos boletines, la disciplina, hasta el lugar que tiene la familia dentro de la escuela. Tratamos de pensar cada práctica antes de hacerla. Tenemos dos años de historia y siguen pasando cosas que nunca habían ocurrido.

■ *En este contexto, ¿cómo surge el proyecto de visitas a las familias?*

**S. U.:** Decía que una de las cosas

que nos propusimos fue repensar el lugar que le íbamos a dar a la familia. Lo que conocíamos como participación eran acciones de colaboración hacia la escuela: se convocaba a los papás para pedirles ayuda en algo. Nos planteamos que no tiene por qué ser ése el único lugar de participación sino que puede ser pensado como espacio de decisiones. Frente al *“que los padres participen siempre y cuando tengan algo que hacer”*, intentamos pensarlo de otra forma: el papá puede estar en la escuela simplemente en función de estar, ya que esa presencia es, en sí misma, participación, no tiene por qué tener una función determinada, o al menos una asignada por los docentes. Sobre todo, no pensar su presencia como una amenaza. Aceptar que ellos puedan pensar para qué estar. Por supuesto que relacionarnos con las familias como adultos -no como ‘papi’ o ‘mami’ sino como personas con una historia y con estrategias para arreglárselas en la vida- implicaría un

‘riesgo’, porque uno se corre un poco del lugar de poder. Pero ése era el desafío. Algunas prácticas comenzaron a traducir esta idea. Por ejemplo: la circulación por los espacios escolares, la organización conjunta de los actos patrios o la fiesta de fin de año, donde muchas veces el motivo de encuentro es el almuerzo preparado entre todos, las jornadas de trabajo de los sábados, compartir un mate en el comedor mientras los chicos desayunan, el baño de *“adultos”* en vez del de *“docentes”*. Y a comienzos del año pasado nuestro inspector nos propuso por qué no visitar los domicilios.

■ *Algo así como cambiar la dirección de la visita.*

**S. U.:** Efectivamente, y esto enganchaba justo con nuestra preocupación por establecer con las familias relaciones más horizontales de las que los maestros conocemos. Acordamos al interior del plantel docente que la idea era que cada maestro visitara a la fami-





lia de sus alumnos, pero que no existía intención de sacar ningún tipo de información. No se trataba de una visita de un asistente social, ni de un juzgado, sino solamente la del maestro que viene a compartir un rato. La familia debía correrse de la sensación de que es el Estado quien la visita. Pese a esto, aún hoy algunos padres vienen y nos dicen: “*Quiero avisarles que mañana no estoy para que no me ‘caigan’ en mi casa*”. Así nombran una visita institucional. Decidimos “*invitar*” antes que “*citar*”, “*visitar*” antes que “*caer*”.

### ■ *¿Cómo lo organizaron?*

**S. U.:** Al ser una escuela recién creada, sin preceptores, con poco personal, no fue fácil resolver la dinámica. En primer lugar convocamos a los padres a una reunión y se les planteó el proyecto; ellos, sorprendidos, empezaron a sugerirnos cosas que nosotros no habíamos tenido en cuenta, porque todavía nos costaba ponernos en una relación horizontal. Nos decían, por ejemplo: “*Nos van a avisar antes de venir, ¿no?*”. Ajustadas estas cuestiones, resolvimos que el día en que estaba programada la visita, venían los chicos al colegio como un día normal a las 8 de la mañana y a las 10 la maestra se iba con el alumno a la casa. El resto del grupo quedaba a cargo de alguno de los que estábamos ese día. Era la familia la que decidía cómo te recibía. Ha habido de todo en la experiencia; desde maestros que han sido recibidos con un asa-



Foto: Archivo Nacional de la Nación.

do, a familias que los han atendido en el patio porque les ha costado correrse de esta situación de ‘*que le caigan*’. Pero básicamente la experiencia ha resultado muy plena para todos: para los docentes, para las familias, y sobre todo para los pibes.

### ■ *¿Por qué piensan que ha sido importante para los chicos?*

**S. U.:** Que el alumno fuera el que guiaba a la maestra hasta la casa, a veces tomando un colectivo o cruzando un campo de 25 cuadras, actuó muy fuerte simbólicamente. Todos estuvimos de acuerdo en que de la puerta de la escuela a la casa del pibe se hablaba de cosas de las que en la escuela no se hablaba; que en algunos casos no eran de gran profundidad pero que en otros se trataba de la historia de vida de los

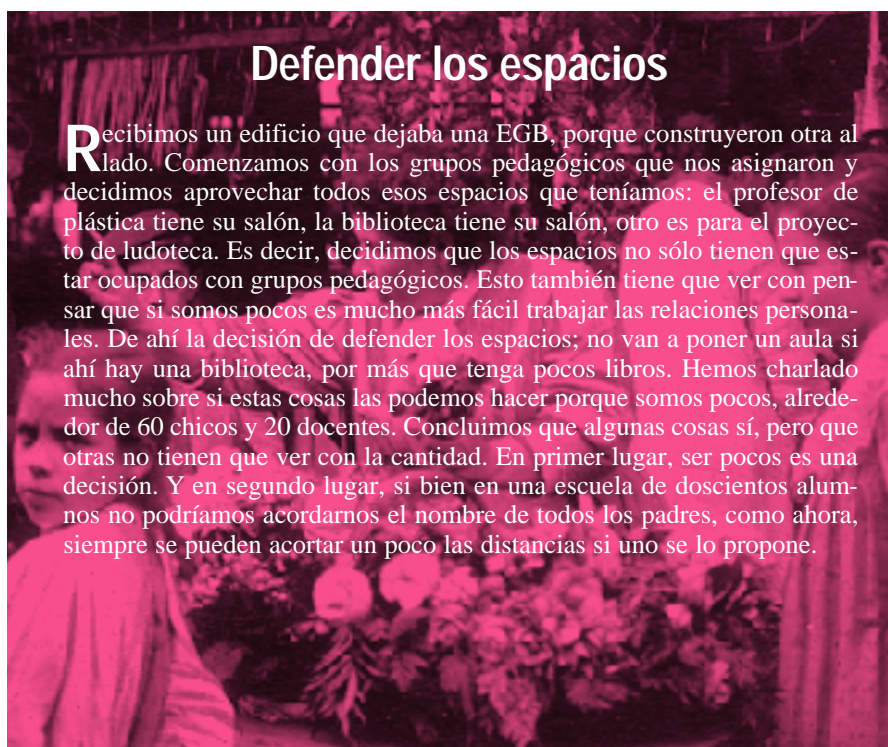
chicos o de cómo ellos interpretaban la realidad en la que viven. En la visita aparecían familiares, vecinos, fotos, anécdotas, hermanas que decían “*yo le voy a decir a mi maestra que también venga*”, etc. Se daba una situación que en la escuela, por más que uno tratase de generar el clima adecuado, no se daba. Una maestra comentaba la visita que hizo con su alumna de diez años, con Síndrome de Down. La chica le hizo hacer un recorrido diferente del que ella se había planificado. Cuando ya habían salido, le dice “*Antes, vamos a visitar a mi papá que vive a unas cuadras*” y luego le dice, “*Ah, podemos ir a ver a mi padrino*”, y así la va llevando por diferentes lugares hasta que llegan a la casa. En esa situación, el síndrome no estuvo presente en tanto estereotipo que uno puede tener de una discapacidad mental. Dejar el lugar de protagonismo a los chicos, hace que uno no vea tanto la falta, el déficit, sino todo lo otro. El “*guiado*” pasa a “*guiar*”, la falta no está en ellos, sino muchas veces en nosotros que no sabemos llegar. Uno ve que los chicos funcionan de otra forma en ese barrio, en esa cuadra, en esa casa.

### ■ *¿Cómo se procesaban estas visitas?*

**S. U.:** Había una tensión permanente en nosotros alrededor de para qué iba a servir todo esto. Por eso, a partir de este año comenzamos cada quince días a reunirnos para charlar sobre qué nos producen estas visitas. Algunos pensamos que solamente se trata de una visita, más allá de que nuestra mente escolarizada nos lleve todo el tiempo a pensar: “*¿Qué contenido sacamos, cómo lo trabajamos des-*

## Defender los espacios

Recibimos un edificio que dejaba una EGB, porque construyeron otra al lado. Comenzamos con los grupos pedagógicos que nos asignaron y decidimos aprovechar todos esos espacios que teníamos: el profesor de plástica tiene su salón, la biblioteca tiene su salón, otro es para el proyecto de ludoteca. Es decir, decidimos que los espacios no sólo tienen que estar ocupados con grupos pedagógicos. Esto también tiene que ver con pensar que si somos pocos es mucho más fácil trabajar las relaciones personales. De ahí la decisión de defender los espacios; no van a poner un aula si ahí hay una biblioteca, por más que tenga pocos libros. Hemos charlado mucho sobre si estas cosas las podemos hacer porque somos pocos, alrededor de 60 chicos y 20 docentes. Concluimos que algunas cosas sí, pero que otras no tienen que ver con la cantidad. En primer lugar, ser pocos es una decisión. Y en segundo lugar, si bien en una escuela de doscientos alumnos no podríamos acordarnos el nombre de todos los padres, como ahora, siempre se pueden acortar un poco las distancias si uno se lo propone.





pués?”, y otros que deberíamos retomar de alguna manera el tema con los alumnos aunque no sea como contenido “escolarizado”. De lo que estamos convencidos es que si esto promueve un cambio, algunos se verán enseñada, y otros a largo plazo y al interior de nosotros. También estábamos conscientes de que podía salir mal, porque podía condicionar a que uno pensara “ah, ahora me explico por qué...”; es decir, podía incidir en forma negativa, podría cargarnos de prejuicios. De hecho hubo docentes que plantearon que ellos creían que no les iba a servir para algo hacer la visita, que ya se imaginaban cuáles eran las condiciones en las que vivían, y tuvieron la libertad de no hacerlo. El riesgo era que la visita jugara en contra. Pero creo que no pasó nada de esto. Para este año quedó instalada como dinámica de la institución que el maestro va a conocer a las familias. Es más, en las semanas previas al comienzo del ciclo lectivo, se nos ocurrió salir en grupos a recordarles a los chicos el día que empezábamos.

■ *¿Cómo se planteó el tema de la normativa, de lo legal?*

S. U.: Por supuesto en algún momento surgieron cuestiones como “te estás yendo con el nene, mirá si pasa algo”. Cuando empezamos a pensar la escuela, también pensamos en flexibilizar la normativa en función de los alumnos. Más allá de las autorizaciones, si hay un proyecto que fundamen-

ta el por qué la maestra se va a las diez de la mañana a la casa de un alumno, estamos más que cubiertos.

■ *¿Qué repercusión ha tenido en las familias?*

S. U.: En realidad, recién ahora hemos empezado a pensar cómo generar una devolución de las familias sobre qué les pasó. Pero a fin de año, en una encuesta que hicimos, una madre decía: “Fue algo increíble ver cuando llegaba la docente a mi casa a compartir un rato, una buena charla, unos mates, que vean a mi hijo cómo se comporta en la casa y que ya saben que él sabe guiar bastante bien”. Otra decía: “Yo no puedo decir nada porque no tuve la oportunidad de tener a la señora en mi casa. Espero que para el año que viene se me haga el milagrito”.

■ *Y los maestros, ¿qué evaluación hacen de su experiencia?*

S. U.: Hay un registro post visita donde el maestro cuenta qué le pasó, qué vio, qué sintió, qué se preguntó, qué le generó. De esos registros, puedo leer por ejemplo lo que dice una maestra, Edith Altavista: “Una nena siempre llega tarde a la escuela y a nosotros nos incomodaba y creíamos que había que encuadrar a la familia y exigir que cumplan los horarios. Viven a muchas cuadras de la escuela y en condiciones realmente desfavorables. Tendríamos que pensar qué pensamos sobre las familias y

sobre los chicos y qué exigimos. Ella sigue llegando tarde a la escuela y yo estoy muy contenta de verla llegar”. Otra maestra, Rosana Gomez, escribió: “Cuando planteamos el proyecto de visita me gustó la propuesta. En EGB alguna vez, de contrabando, me escapaba para buscar a algún chico que faltaba, pero la posibilidad de legalizar esto de salir de la escuela para rever la relación escuela-familia me parece un buen avance. Pensé la visita como otro momento para compartir sin la limitación del tiempo de la escuela. Me gustó la propuesta pero jamás pensé que podía generar cambios a nivel personal y profesional. Yo pensaba ‘si ya sé las condiciones en que viven mis alumnos, no necesito ir a la casa para saberlo’. Después de la adolescencia cuando uno piensa que puede cambiar el mundo fácilmente (y su posterior decepción), no veía a la escuela como un lugar de cambio. Estas visitas, más allá de que en algún domicilio me sentí más cómoda que en otro, me hizo involucrar más con mis alumnos y con sus familias. Ahora vuelvo a creer que desde la escuela pueden crearse cosas positivas. Creo que la escuela puede ser referencia para la comunidad”.



Claudia Rodríguez Paoletti